

Ay, Ben, Ben, ¿dónde estabas hace un año, o hace tres? ¿Qué calles recorriste, en qué ríos te bañaste, con qué mujeres te acostaste? ¿Repites sólo un gesto rutinario al besarme la oreja o la parte interior del codo? Me muero de celos... El presente me da miedo... pero tus recuerdos, de los que no puedo defenderme, las imágenes en tu cabeza, que no puedo ver, un dolor que yo no he compartido... Querría triplicar mi vida, para recuperar todo ese largo tiempo en el que aún no existías.

Mi sobresalto cuando me dijiste que hace doce años comiste una vez en nuestra ciudad, en la estación... y yo a cien metros de allí, en el colegio —¿y no podría haber estado en el andén, no podría haberte encontrado ya entonces, doce valiosos años antes?—. Ay, pero no te habrías fijado, yo estaba en noveno curso y era inconcebiblemente fea, sólo pelo y huesos, era inocente y estaba por primera vez enamorada... no de ti. Y siete u ocho años después, otra vez de paso, te diste una vuelta por la plaza del mercado, con tu mujer —en julio, ¿verdad?, estábamos de vacaciones—, y sólo eras una más de entre las variopintas figuritas que yo veía pulular bajo el andamio, cinco pisos más abajo...

¿Dónde estabas cuando me llamaron para el examen y casi me muero de miedo? ¿Por qué no me tomaste de la mano, entonces, en el pasillo de la uni? ¿Por qué no te sentaste junto a mi cama cuando estuve enferma? ¿Por qué no bailaste conmigo, aquella tarde, en el comedor universitario —un barracón de techo

bajo, recalentado, lleno de humo, rock 'n' roll de casete y la voz de Elvis *la Pelvis*— ni compartiste conmigo la botella de cerveza? Algún otro, ya no recuerdo su cara... Es injusto, Ben, mi amor, es injusto, tanto tiempo sin ti, sin tu boca, sin la mano pequeña y dura que al andar me pones en la nuca... Sola esas cien noches, asomada a la ventana que daba al parque, que florecía sobre una fosa común, y los demás dispersos a los cuatro vientos: mis padres al otro lado de la frontera, la Anciana Dama muerta, Wilhelm en Dubna, más allá de Moscú, y aquel hombre en un bar, quizá con una chica, qué sé yo... ¿Y dónde estabas entonces, en mayo —cerezos, la carretera al sol—, el último día de la guerra, cuando llegaron los rusos?...

Por la mañana oyeron disparos en el jardín vecino. Wilhelm halló los cadáveres tendidos en la hierba, dos niños, la linda esposa y el ingeniero jefe. Pettinger había sido un hombre simpático y grueso que aborrecía los uniformes, pero llevaba a modo de uniforme bombachos, camisa a rayas claras y pajarita, y pedaleaba cada mañana con las piernas rígidas hasta el taller de laminación —quedaba fuera de la ciudad, entre pinos y redes de camuflaje, filial de un consorcio renano del acero—, y Wilhelm habría jurado que aquel vecino agradable, tierno padre de su trinante familia pajaril, ni siquiera sabía coger una pistola.

Por la frente de la niña pululaban hormigas negras, los cerezos florecían como locos, y el aire estaba colmado del zumbido hondo y nervioso de las abejas. (La semana pasada una mina aérea había aplastado el búnker de la estación; trabajaron con guantes de goma y ciegos de alcohol, y tras el primer boquete se les cayó encima una catarata de muertos, y Wilhelm sintió náuseas, por el aguardiente, dijo él). Dio la vuelta a la mujer, que yacía sobre el bebé con los brazos extendidos.

Su hermana se deslizó como un turón entre las ripias. «¡Lárgate!», gritó Wilhelm, la agarró por los brazos y las piernas y la lanzó tras la valla, y ella se arrastró a cuatro patas por la hierba

y lo insultó, desde una distancia prudencial, con su estridente voz de niña.

A mediodía retumbó otra vez la artillería, y la señora Linkerhand, con un vestido de lino tejido a mano que le daba cierto aire monjil y el moño firme en el cuello, vagó por la casa rezando en voz alta. Aspiró resignada el olor a gente pobre en el vestíbulo. Un niño gemía, tras la puerta abierta de la cocina las refugiadas reñían por un puchero y la escalera resonaba otra vez de peleas y palabrotas silesias.

En la habitación azul Wilhelm estaba junto a la ventana y miraba por las rendijas de la persiana, cuyas bandas de luz atigraban su rostro, la alfombra azul y los muebles de color miel: su hermana morena, desgrefñada, modelaba en la arena un extraño castillo de cuento con almenas, torres y ventanas de arcos altos, sentada sobre sus talones, a veces silbaba una granada por el cielo, como una guadaña cercana, pero no era el miedo lo que le doblaba el torso hacia adelante (el miedo iba a llegar después, años más tarde, con las alas delta de los cazarreactores), y Wilhelm sonrió a la vista del astuto animalillo, que se hacía el muerto hasta que el estallido sonoro le indicaba, desde algún lugar de las ruinas del centro, que el peligro había pasado. El juego se repetía, inclinación bajo el aullido en arco, reaparición, siempre con cara de concentrada seriedad; «Tentetieso», pensó Wilhelm, «la chica es lista»; le acabó contrariando su rostro impávido: era inocente como la Liebre de Marzo, que no llama buharro a la ruidosa sombra que recorre el campo.

Gritó desde detrás de la persiana: «¡Ven ahora mismo a casa!».

Franziska estaba plantando un bosque de colas de caballo... unos preciosos pinos en miniatura, Ben, pero eso tú no puedes saberlo, seguramente no jugaste nunca en un jardín, en fin, Berlín y patio trasero —pero a cambio lo sabes todo sobre la gran época de las colas de caballo en el Terciario o el Jurásico y sobre las condiciones ambientales para los saurios, y sin duda todo eso

es también muy útil...—. Ella estaba plantando un bosque bajo las murallas del castillo y agitó sus manitas sucias para aplacarlo. La autoridad fraterna de Wilhelm, basada en prontas bofetadas, flaqueaba; desde que una noche regresó de la ciudad con el pelo quemado, sin pestañas, la camisa parda hecha trizas sin esvástica, se había vuelto gritón, pesado y distraído como todos los demás adultos, que lo mismo mandaban fuera a Franziska y se olvidaban de ella la mitad del día que la buscaban a gritos, la apretaban contra sí y le daban besos.

Le gustaba aquella vida de vagabunda. Ya no iba a la escuela; durante un par de semanas la señorita Biermann les había dado clase en el sótano de una lavandería, a la luz de las velas, entre el vaho húmedo de la sala de planchas. A la señorita Biermann, con sus gafas y el pelo corto gris, le parecían ridículos los cuadernillos para poemas, *sé como la violeta en el musgo... y noble, en una palabra, sé una chica alemana*, la señorita Biermann tenía colgada sobre su tarima la *Ifigenia* de Feuerbach, buscando la tierra de los griegos con el alma, nos decía; la señorita Biermann corrió por su vida hasta que el asfalto hirviente retuvo sus pies, pies en altos botines negros. Ya no hubo más dictados, ni reprimendas por manchas de tinta o páginas dobladas, y en casa nadie que exhortara a Franziska a adoptar la postura adecuada ni la obligara a comer con cuchillo y tenedor, sosteniendo un libro con la axila y apretando su redondo vientre de negrita. Por la noche se arrastraba soñolienta al sótano, se dejaba caer en un catre y se perdía en su sueño el traqueteo de la defensa antiaérea y las luces de Navidad, los rezos y el fin de la alarma...

Linkerhand condujo a su mujer al cuarto azul; ella rompió a llorar al ver a Wilhelm.

—La pobre Nora... no lo puedo creer, ayer mismo hablé con ella, estaba como siempre, quién iba a pensar... sólo Dios sabe de lo que se ha librado...

Linkerhand toqueteó sus gafas apurado; como no tenía nada que reprocharse y no creía en la propaganda sobre las atrocidades rusas —había trabajado en el sector de prensa, haciendo prácticas en Scherl¹—, la turbación de su mujer le resultaba embarazosa, sobre todo porque perdía el control de forma preocupante en presencia de los hijos.

—Sin duda, es incomprendible —murmuró—, un joven tan agradable... Ni siquiera estaba en el partido.

—El muy bestia —dijo Wilhelm—. Primero mató a los niños. Linkerhand movió la cabeza escéptico.

—Se notaba en la cara de Nora —explicó entonces Wilhelm con frialdad.

Linkerhand se quitó las gafas, gesto de huida, emborronaba así las líneas hostiles de un mundo que se le volvía ajeno y se sentía a salvo en un azul indefinido y moteado por el sol. Su rostro, sin gafas, adquiriría enseguida la expresión educada y tímida de las personas muy miopes, pero su voz sonó segura y hasta altiva —era su voz de jefe, con la que reprendía a empleados contumaces después de haber transformado sus rostros en manchas difusas— cuando aseguró que nada había que temer, aunque debían adoptar ciertos preparativos: un auto de fe de libros inoportunos, escondites ingeniosos para la plata, la porcelana y el vino; las joyas de la Anciana Dama estaban a buen recaudo en la cámara acorazada del banco.

—Pero defenderán la ciudad —exclamó la señora Linkerhand.

—Una hermosa, pero infortunada idea del comandante. Es un hombre honorable, aunque por desgracia carece de entendimiento. Esa clase de héroes es valiente por falta de perspicacia —tomó las manos temblorosas de su esposa y las apretó

¹ Grupo editorial fundado en 1883 por August Scherl (1849-1921), uno de los grandes magnates de la prensa alemana.

contra su pecho—. Cálmate, mi amor. No nos hemos expuesto, tratemos ahora de afrontar lo inevitable con entereza. —La besó en las sienes, y Wilhelm, asqueado ante aquella muestra en general severamente reprobada de sentimientos, volvió la cabeza: aquello era aún peor que la tardía apelación a Dios, la renacida religiosidad de comunión de su madre en el sótano bajo las bombas.

Por la tarde ardía el fuego en la chimenea, un monstruo de ladrillo que pretendía ser rústico y romántico y jamás había sido utilizado; el humo era repelido al cuarto, pero Zöberlein y Rosenberg² calentaban bien en la fría tarde de mayo, cuando en el barrio de los millonarios, en sus mansiones de clinker, sus castillos de gres, entrada sólo para los señores, rododendros y magnolios, en las calefacciones de los sótanos y en los hornos de las cocinas se desató ese mismo ocaso de los dioses, lamentable y vulgar; sólo siguió fría la chimenea de la mansión del *Kreisleiter*³, que una semana antes se había evacuado hacia el oeste, después de haber exhortado a sus compatriotas a resistir con empeño: él estaba salvado, y mudo, y es que la providencia, la mil veces evocada providencia, la aliada del Führer, cambió de bando y guió las bombas aliadas hasta el puente sobre el Elba, hasta el *Kreisleiter*, su coche y sus maletas.

Flex y Jünger⁴ y la cuadrilla de literatos-coartada fueron relegados al fondo; en la primera fila lucían de nuevo, corte dorado y cuero de cabra, las obras de Heine (en el libro de sagas de Franziska sobre Baldur, Weltenesche y la nave Naglfar, el autor

² Hans Zöberlein (1895-1964), autor de novelas nazis y dirigente de las SA; Alfred Rosenberg (1892-1946), el «filósofo del Partido», autor de *El mito del siglo xx*, ahorcado en Núremberg.

³ Mantengo en este caso, siguiendo la convención, la denominación alemana para este cargo administrativo del partido nazi, algo así como el jefe del distrito.

⁴ *Der Wanderer zwischen beiden Welten* de Walter Flex (1887-1917) y *Tempestades de acero* de Ernst Jünger (1895-1998) fueron los dos libros sobre la Primera Guerra Mundial más apreciados en el campo nacional (a diferencia, por ejemplo, de *Sin novedad en el frente* de Remarque).

de la canción de Lorelei aparecía como «Desconocido»⁵) y, algo más modestos, en lino gris, los libros de los hermanos Mann, tolerados por Linkerhand con respeto reticente, admitidos a duras penas junto a los grandes, Dickens, Fielding, Dostoyevski; lo que venía después carecía de importancia.

Franziska se acurrucaba tras el sillón de la abuela, que, tierna y pulcra y de piel blanca, parecía tan improcedentemente joven que su vestido de matrona con el recatado cuello alto hacía efecto de disfraz, y coqueta y juguetona era la dignidad de la cruz de oro, la humildad de las manos entrelazadas. Franziska amaba a la Anciana Dama, sus ensaladas de bacalao y sus púdines de vino, las historias sobre cierta Clarita de viaje por el mundo con las que recompensaba ir a por leche, seda gris plata, las cajitas de botones llenas de cintas negras de terciopelo, medallones y baratijas relucientes, las amenazas en su cerradísimo dialecto: ¡*Pero bueno, que te corto la cabeza!*⁶, y amaba el sillón de terciopelo con borlas rojas que le estaba reservado a la Anciana Dama, así que también aquella tarde se refugió tras el sillón y su respaldo de seda gris, sin ser vista ni, desde luego, bienvenida. En la rejilla se retorcían libros medio carbonizados, contrayéndose como si estuvieran vivos, y el calor iba pasando las hojas color ceniza.

Linkerhand arrancó con esmero las tapas encuadernadas en tela de un volumen ilustrado; los hilos se rasgaban con un ruido agudo y penetrante. Tomó entre sus manos enclenques y torpes un pliego de hojas del grosor de un dedo y dijo: «Qué pena. Quién sabe si volverá a haber jamás este papel, liso y brillante como la seda... Esto era de antes de la guerra».

⁵ Como no podían hacer olvidar la popularísima balada de Heine sobre la mítica peña junto al Rin, los nazis decidieron declararla anónima. Baldur, Weltenesche y la nave Naglfar son figuras de la mitología nórdica que quiso exaltar el nacionalsocialismo.

⁶ Ante la inexistencia de un equivalente en castellano para las variedades dialectales del alemán (en este caso el *Kölsch*, el dialecto de Colonia), opto por reproducir en cursiva las interpolaciones en dialecto de la abuela, mientras que sus diálogos en alemán estándar (*Hochdeutsch*) se reproducen en tipografía redonda.

La abuela repasaba un volumen de lujo, *Hitler en Berchtesgaden*, y revelaba sólo mediante una encorvadura de la boca el asombro picado de un lego que examina con el microscopio un insecto asqueroso y, sin embargo, interesante: el Führer en el Berghof, el Führer con su perro Prinz, el Führer del brazo de una rubia con traje tradicional bávaro, siempre con el paisaje de bodas detrás, siempre con la sonrisa de padre de la patria bajo el bigotillo, la mirada misional bajo el cómico flequillo.

—*Lo que hay que ver*—dijo.

—Parece que ha muerto en Berlín—dijo Linkerhand.

—Al frente de sus tropas—dijo la abuela con aire sentimental. Rió apretando sus vivarachos ojos negros de tártara—. No querrás decirme que ese pintorzuelo ha expuesto su achacoso cuerpo a esos... *Katiushas*. Katiusha. ¿Has tenido la ocasión de oír hablar a algún ruso? Oh, no me refiero a los ladridos de esas Mashas y Ninas... Antes de la primera guerra, yo era aún una cría, conocimos en Baden-Baden a una familia rusa, la mujer hablaba un francés impecable, pero nada era más delicioso que oírles hablar en su lengua materna durante el té: música, querido, música, las expresiones ordinarias eran totalmente inconcebibles. Toda la familia, por lo demás, algo anticuada, la hija de muy dudoso aseo, y de la niñera mejor no hablamos...

Pero sí que habló de ello, se perdió en recuerdos, como a menudo en los últimos tiempos, no abiertamente nostálgica, más bien con deleite, en el tono con que Franziska decía «fresas con nata», y Wilhelm «chuleta con espárragos». Y Franziska nadó en un hechizo somnoliento por Redoute y por Reunion, por Godesberg y Norderney⁷, por expresiones verdes como «brisa marina», vellosas como «plumas blancas de avestruz», aromáticas como «aquel abanico para el baile de madera de sándalo cuyas hojas

⁷ Bad Godesberg: ciudad balneario junto a Bonn; Norderney: una de las islas Frisias, primer destino de baños en el Mar del Norte. *Redoute* era un nombre genérico para los salones de baile, y específicamente para el de Bad Godesberg.

estaban llenas de firmas», recordó fotografías color sepia: la chica con su traje de baño con rayas de cebrá, flaca y bizca, bajo los fruncidos de un gorro de baño del tamaño de un globo; la amazona, vestida a la italiana con corpiño corto y desafortada joyería, montada a mujeriegas sobre un burrito frente al decorado del Vesubio y varios admiradores vestidos de loden, un tal señor Albert, presunto primo, con el uniforme con dorados de un general carnavalesco y —cambio de imagen— con la blusa militar del líder de los Cascos de Acero⁸ en Colonia, víctima de asesinos rojos en un catafalco entre coronas y cintas, y el hombre a la derecha de la imagen... La figura más siniestra en la familia, Ben, el hermano de la Anciana Dama. Era arquitecto municipal y terriblemente celoso, y si su pobre mujer llegaba tarde a casa, preguntaba a la puerta: «¿Está el señor?» y temblaba de miedo, y a veces él estaba esperándola con el látigo en las escaleras. La mujer murió muy joven. Viene de familia: la arquitectura y los celos...

Las llamas se desmoronaron, el cuarto se sumergió en la penumbra, por la puerta de la terraza entraba luz cobriza, el cielo estaba despejado, luna de óxido rojo, a veces un fogonazo sacudía el horizonte. En la calle reinaba un silencio de muerte. Linkerhand separó los rescoldos con el atizador; se palpó los ojos inflamados por el humo y suspiró. *Vae victis*.

—Yo por mi parte dejé de creer hace seis años en la victoria final—dijo la abuela—. ¿Qué otra cosa cabía esperar del arribista, sino una guerra perdida?... Tuve ocasión de verlo en el Kaiserhof... un hombre con maneras de comicastro, con malos modales y una pronunciación ridícula y, *on dit*, impotente.

—Yo no le voté—dijo Linkerhand molesto.

La Anciana Dama entrelazó las manos sobre el vientre:

—Al elegido no le hacen falta elecciones.

⁸ Los *Stahlhelm*, uno de los cuerpos paramilitares nacionalistas surgidos tras la derrota en la Primera Guerra Mundial.

Linkerhand cruzó la estancia a tientas protegiéndose con el brazo extendido, tropezó casi con Franziska, quien, sentada a lo indio sobre sus talones, por fin se había dormido y respiraba en paz, y tanteó la mesa en busca de sus gafas.

—En el bancal de la lechuga —dijo con expresión de candorosa astucia—, esconderé la *Mater dolorosa* en el bancal de la lechuga.

Había hecho soldar la estatuilla, de un pie de altura, en una lata de metal, y la arrastraba de un rincón a otro de la casa como una gata a sus cachorros; siempre la había resguardado con celo de las miradas de visitantes extraños, y le daba pánico la idea de ver la valiosa figurita entre las toscas manos de un soldado, de algún aldeano incapaz de valorar los pliegues del manto azul, la dolorosa inflexión del cuello, la sencilla dulzura en el semblante vuelto hacia el cielo bajo la toca medieval... Nadie sentía el pío escalofrío que experimentaba él al tocar la madera policromada —una veneración limpia de la profana idea del valor pecuniario y lejos del culto mariano, ya que era protestante y un cristiano laxo— o al leer sus viejos libros, con una lupa ante los ojos medio ciegos: pasaba así los ataques nocturnos, alto, encorvado, feo, con su blanca cara de albino, el pelo rojo, los ojos de búho dilatados tras las gruesas gafas, y ejercía así su devoción particular, extasiado en un mundo sin fortalezas volantes ni bombarderos Lancaster, sin rogativas histéricas ni las peleas de los jóvenes bárbaros que crecían en su casa.

Más que la preocupación por su cuerpo, lo conmovía pensar en el destino de sus libros: eran las pasiones de una vida sin pasión, sus aventuras y excesos, olía los libros, botines en librerías de viejo y de ocasión, y ahí el austero padre de familia se convertía en derrochador, el asentado comerciante en taimado tratante de caballos que disimulaba, vacilaba, falseaba y disfrutaba sin escrúpulo de los grandes momentos del coleccionista, del triunfo cuando conseguía sablearle un ejemplar valioso a un ignorante por un precio irrisorio. El tren de vida era modesto,

se desaprobaba el lujo en el vestir, los hijos iban de lino y loden, y un teatro de títeres que había de estimular el desarrollo de su fantasía reemplazaba los espléndidos juguetes de los niños de la vecindad.

La editorial era pequeña, pero prestigiosa, una empresa patriarcal fundada por el abuelo de Linkerhand (alcanzó una edad bíblica, y Wilhelm recordaba aún a aquel señor de barba blanca que entre las cuatro y las cinco, cada tarde, recorría lozano el paseo con las manos a la espalda y tres pasos por delante de su esposa, que le seguía sin resuello). Los soberbios tipógrafos antiguos componían con soltura textos en griego y en hebreo. A diferencia de otras editoriales menos serias, Linkerhand no pudo prestarse a publicar almanaques nacionalistas, novelas de aviadores y pliegos de aleluyas; durante la guerra, cuando el mercado extranjero estuvo cerrado para su *Arquitectura alemana*, se procuró un buen beneficio y una conciencia limpia mediante una serie de volúmenes de bolsillo con novelitas cortas de Tieck, Eichendorff, Hauff y Brentano y otros autores de los que los nazis se proclamaban herederos espirituales. En 1937 reunió una suma considerable para ayudar a un compañero de estudios judío a escapar a Haifa... No, Ben, ese hombre no era su apuesta secreta en la ruleta. Leí las cartas que se escribieron tras el final de la guerra, todo el tiempo hasta que padre se fue a Bamberg... Pero tenía, en efecto, sus dos bazas, y no es una historia noble. Es cierto que odiaba el compromiso político, al menos para sí... En marzo de 1933 recomendó a dos colaboradores que ingresaran en el partido. Los pobres diablos habían estado dos años en paro... Uno cayó después en el frente del Este. Al otro lo detuvo la OGPU⁹ inmediatamente después de la capitulación y murió en un campo...

Franziska se despertó con los cuatro golpes de tambor, «Beethoven», dijo su padre, el destino llama así a la puerta, y nunca

⁹ Siglas en ruso de la policía secreta soviética, antes Cheka y después KGB.